Algo esta pasando en mi casa - 3/52 retos de ELDE

Dune Ayane

Image not found.

Capítulo 1

Estoy de pie en la cocina. Bebo agua y me reflejo en el liquido viscoso procedente de los platos sucios del fregadero. No se a quien veo, a alguien del cual no estoy orgulloso. Mis múltiples personalidades no salían a pasear. Pongo mis dedos y tocó el fondo, buscó el tapón para que se vaya esa agua sucia deseando que me trague a mi también. Noto que alguien observa. Solo y sin gatos de por medio, mi piel se eriza. Miro cada estancia del pequeño y asqueroso piso, pero ni una ventana abierta. No sé como llegué a esa situación, pero supongo que todo lo que sube, baja. Es algo propio de la gente exitosa como yo.

-¿Esta usted seguro de eso? -preguntó el siquiatra-

Asentí. Empezó a hacer papeleo y me explicó que pasase por el mostrador para que me diesen las siguientes citas. Al bajar la recepcionista me pidió los papeles:

-¿Señor Roca? -preguntó-

-Eh... -dudé mientras pensaba- ¡Si, si!

La recepcionista empezó a teclear en su ordenador y la impresora de su lado empezó a imprimir. Me entregó todos los papeles y me dio los buenas tardes.

Al entrar en el edificio donde vivía, vi a una señora que esperaba el ascensor. Entró con su carro y yo me embutí dentro como pude. Esta me sonrió y dijo:

-Jovencito, ¿Usted no trabaja?

-Si señora, mi trabajo es algo difícil de explicar.

Me miró con desconfianza y desvié mi mirada hacia otro lado. Llegó su planta y salió. Levanté mi mano lentamente mientras me despedía amablemente. La puerta se cerró y al ver que estaba solo, blasfemé para mi mismo. Odiaba a cada uno de ese edificio y deseaba cuanto antes recuperarme.

Enciendo la luz, ella me tranquiliza. Murmullos tras las paredes. Risas y carcajadas, detrás de mí, pasos. Mi cerebro ordena que abra la puerta y chirría. Sobre el techo una gran sombra. No hay luz o algo que la obstruya como para que se forme, pero estaba ahí. Me dejó caer encima en mi cama. Cierro los ojos. Al abrirlos de nuevo, desaparece. Curioso. Algo

ocurre dentro de mi casa.

El siquiatra miraba los resultados. Repasaba una y otra vez la resonancia. Parecía que no encontraba lo que buscaba. Dejó todo encima de la mesa:

-¿Dice que sigue viendo y escuchando cosas? -preguntó-

-Son frecuentes, evita que descanse y me noto realmente muy débil.

-Esta usted perfectamente por lo que puedo leer, sus análisis no muestran deficiencias. Deberemos seguir con las visitas para ver que le ocurre.

Entre en casa, esa jungla que no entendía. Sombras, voces, ruidos y pasos. Me senté en el ordenador y decidí buscar algo con lo que evadirme de esa locura. Ya de por si lo había asimilado. Estaba loco y necesitaba atención sobre mí. Miré la cartilla de mi cuenta bancaria. Roja por completo. Mis personajes se estaban rompiendo en pedazos, quería resarcirme de mi gran mala suerte. Quería volver a mis negocios.

Abrí mis ojos, escuché como el latido de un corazón. Era cercano a mi. No era el mío, mi mano estaba posada sobre el pecho. El mio se unió con el. Me levanté para encender una de esas velas relajantes. Desvié mi mirada pero noté un olor a cera. Se habia apagado. No había ventaba abiertas. Me fijé en el termometro, ni un grado abajo. Intenté encender otra cerilla, pero se esfumó la llama, sin oportunidad alguna de prender la mecha.

El siquiatra escuchaba mis historias. No recordaba los detalle, pero la contaba por encima. Llegamos a un punto que si que le interesó:

-No tiene miedo cuando hay luz ¿Desde cuando le ocurre?

-Siempre me ha ocurrido.

-¿Siente nauseas cuando se encuentra en la oscuridad? -preguntó-

-Muchas veces.

Escribió en su libreta, Volvió a dejar su mano suspendida sujetando el bolígrafo con sus manos:

-¿Sudoraciones, temblores o sacudidas?

-Durante casi todo el día.

-¿Cuando tiene nauseas acaba vomitando?

-No llego a tanto.

Me entregó un papel y en el estaba escrito “Nictofobia”. Pregunté sobre ello y explicó:

-Miedo a la oscuridad, puede que esas alucinaciones sean originadas ese motivo.

Me encontraba en casa leyendo el diagnostico. Hipnosis, ejercicios de respiración, medicación y aumento de la terapia de conversación. Me sentía bien al leer eso, por fin se iba a tratar mi problema con profundidad. Me acerqué al baño y cogí del armario las pastillas que me habían recetado. El bote era blanco, cuando lo abrí, un apestoso olor salio de este. Deslicé dos sobre mi palma. Las miré fijamente pero no me hacía la idea de tomármelas. Sería el fin de aquello y tampoco estaba tan confiado de como iría mi vida después de aquello

Tras unos días de descanso, decidí organizar un poco mi lugar de trabajo. Era muy distinto de donde solía trabajar, pero era lo que debía hacer para no ser descubierto. Seleccioné documentos que ya no me servían y los metí dentro de la destructora. Los separé en bolsas diferentes y bajé la basura. Tiré las bolsas en lugares diferentes y salí a dar un paseo. Volvía a sentirme observado de nuevo. Me giré y vi como alguien se escondía. Me sentía algo agitado. Di unos cuantos pasos y ya estaba cansado de sentirme así. Volteé rápidamente una esquina y allí me la encontré. Una niña que sonreía. Toda la gente pasaba ajena a aquella pequeña que solo me miraba a mí. Quise pasar por su lado, pero se cogió de mi chaqueta. Me quedé quieto durante unos instantes, pero cuando me di la vuelta, ya no se encontraba a mi lado. Corrí a mi casa. Un vecino entró detrás de mí, pero era de vital importancia que tomase el ascensor sin esperarme. Me encontraba delante del espejo del armario. Tenía que tomármelas. Saqué una y me la metí en la boca. Puse la boca debajo del chorro del grifo y me eché hacia atrás para tragármela. No sentí nada, supuse que tardaría. Unos pasos se escucharon detrás de mí. No sería tan eficiente como el especialista creía.

Al salir al rellano, vi que la puerta del piso en venta estaba abierta. Entré y vi algo insólito. La misma niña de antes sentada en el salón. Pregunté

por sus padres, pero solo mostró su muñeca. Volví a preguntarle, casi implorándole, pero solo mostró sus dientecitos blancos:

-¿Un cliente? -preguntó alguien detrás de mí- ¿Quiere ver el piso?

Dije que solo había entrado para saber que hacía aquella pequeña sentada sobre aquel sofá viejo. La cara del hombre cambió y dijo que no había nadie. Miré de nuevo y solo estaba la muñeca tumbada. Busqué en todas las habitaciones pero nada. Escuché unas risas a las afueras de ese piso y salí:

-¿No escucha? -pregunté-

-Oiga señor, si es una broma, pare -dijo- ¿Verá el piso?

Negué y confundido me dirigí hacia mi puerta. Se despidió amablemente y se metió dentro del ascensor. Vi como las puertas se cerraban y volví a mirar en dirección a aquel piso en venta. ¿Sería el origen de todo mi malestar?

Estaba sentado en mi cama mirando al frente. De vez en cuando veía una niña pasear de un lado para el otro. Se asomaba tras la puerta, como si jugara al escondite. Todo se desmadraba. Me levanté y entre en el aseo. Saqué pastillas de la caja, las metí dentro de mi boca y bebí agua del grifo. Las trague de golpe y me miré en el espejo. Suspiré y me apoyé en el lavabo mientras esperaba a que todo se acabara. Todo cesó lentamente, haciendo de ello una tranquilidad absoluta. Volví a mirarme en el espejo y sonreí. Sentía que esa relajación me divertía. Volvía a salir y todo estaba en calma. Me senté en el ordenador y busqué por ayuda, pero nadie se ofrecía, solo me llamaban loco de remate. Alguien como yo que vivía de su buena imagen no podía depender de esas capsulas. La gente no le creería nunca más.

Tumbado en la camilla, le explicaba que había conseguido encontrar mi tranquilidad con aquellas pastillas, pero que necesitaba otra alternativa, dijo que eso no importaba ahora, solo quería centrarse en como me sentía al tomar aquello que me recetó. Explique que había tomado muchas pastillas y que estaba preocupado por mi estado, quise saber si podía crearme algún problema. No contestó. Le ordené que me contestara:

-¿Has visto algo fuera de lo normal cuando te las tomaste? -preguntó-

-No, pero antes de tomar esas pastillas mis alucinaciones habían aumentado.

Levantó su ceja y siguió escribiendo. Noté que escondía algo. Me sentí como un conejillo de indias:

-Oiga, me he tomado casi una caja entera ¿Eso no podría hacerme daño?

-No se preocupe señor.

Dio la sesión por finalizada y dijo que viniese la próxima semana. Quise seguir preguntándole pero este se giró y dije:

-Deje a los especialistas trabajar, solo es el paciente, calle y confíe ¿O me esta escondiendo algo?

No dije nada, enmudecí por completo. Era normal que escondía algo, a mis otros "yos". Sentía que él sabía más de lo que explicaba. Salí del centro y golpeé una papelera. La gente se quedó mirando pero no importo, nunca me llegarían a conocer.

Tumbado sobre el techo me llamaron al teléfono. Cambié mi tono de voz a uno más alegre. Era uno de mis antiguos clientes:

-Estoy pasando unas vacaciones muy agradables en una de mis mansiones -dije- no se preocupe, cuando este totalmente revitalizado volveré al ruedo.

-Mis acciones no van como yo quería, esperaba a que usted me pudiese ayudar.

Mi bombilla se encendió y miré a mi ordenador. Le dije que no colgara. Miré mi libreta bancaria llena de rojo y sentí una gran satisfacción.

Habían pasado unas cuantas horas y sentía que nadaba en dinero. No era real, pero lo tenía bien almacenado. El engaño era mi baza. Miré la pantalla del teléfono móvil. Saqué la SIM y la corté en pedazos. Abrí el cajón y saqué un móvil nuevo, era el ultimo, así que no debía desaprovecharlo. Quería seguir con aquello. Abrí el cajón con todos los DNI que falsifiqué, ya no recordaba desde hace tiempo que nombre y apellido utilicé por última vez. ¿William? ¿Sevens? Chequeé alguno de los correos últimos que había recibido y lo recordé. Sevens. Me había hecho pasar por inglés, hasta me salía el acento después de haberme preparado el papel. En mi vecindario era el señor Roca.

El siquiatra jugueteaba con su bolígrafo mientras escuchaba mis historietas. Negó con su cabeza y se quitó sus gafas. Las tiró encima de la

mesa y se pasó los dedos por sus ojos. Las volvió a coger y se miró:

-No puedo entender porque tiene tantas recaídas, ya es sospechoso.

-¿Insinúa que estoy mintiendo? -pregunté molesto-

-¿Acaso no lo hace? -preguntó- ¿Por qué suda tanto?

-Hace mucho calor señor, la calefacción.

El siquiatra miró y vio que era cierto. Me prestó un pañuelo y pidió perdón por haber sido tan rudo. Tragué saliva. Volvió conmigo pero se sinceró:

-Hay algo que no me cuadra, no se si es porque usted no puede explicarse o por otra razón.

-Puede ser, mi concentración últimamente brilla por su ausencia.

Estaba hecho un pincel. Puse bien mi bigote falso y entré en el ascensor de la compañía. Era un gran trabajo aquel. Si salía bien podía olvidarme por completo del señor Roca y podría ser el señor Sevens. Me arreglaba la corbata y me echaba el pelo hacia atrás. Mi teléfono sonó:

-¿Diga? -dije en una voz inglesa-

-¿Señor Roca? -preguntó una voz infantil-

-Se ha equivocado pequeño -me tembló la voz-

Colgué y miré desconcertado la pantalla. ¿No había cambiado el numero? Suspiré y lo rompí con la mano de la rabia. Lo dejé caer todo dentro del maletín y el timbre del ascensor notificó que ya estaba en la planta adecuada.

Sentado en mi vieja cama. Me quité las gafas del señor Sevens y eché el pelo hacia delante del señor Roca. Lo zarandeé un poco para intentar sacar todo de él y volver a meterme en el otro papel cuanto antes. Practiqué un par de veces para convencerme a mi mismo que era Roca y no Sevens. Alguien llamó a la puerta y me dirigí hacia ella. Vi que debajo de la puerta había una carta. “Se quien eres”. Escuché al otro lado que alguien huía. Salí al rellano pero no vi nada fuera de lo común. Inspeccioné la carta por completo. Mi paz interior se esfumó. Me acerqué y cogí la tarjeta de crédito del inventado señor Sevens.

La chica del banco me miraba sonriente mientras tecleaba en su ordenador. Dijo que esperase, que sacaría el maletín con mi dinero. Salió

y lo entregó:

-Señor Sevens ¿Esta libre el día de hoy?

-Señorita... -leí su nombre- Sandra, estoy casado.

La dejé afectada. Me despedí amablemente y tomé el maletín mientras salía del banco. Caminé unas cuantas manzanas hasta encontrar una inmobiliaria.

Tenía las llaves en mis manos, un servicio de mudanza y ahora me dirigía a por una nueva linea. Entré en la tienda de telefonía y pedí ayuda a una chica. Me mostró un panfleto con ofertas y pedí la mas cara. Se puso muy contenta y me resolvió las dudas.

Pequeño pero a la vez espacioso. Techos altos y paredes lisas ademas de limpias. Cero humedad y ni un extraño olor, y más importante, luminoso. Un buen sitio para el señor Ravens. El señor Roca ya casi era historia. En el mismo comedor decidí quedarme a dormir aquella noche, tenía que completar la primera transacción del señor Ravens con una gran compañía. Iba a hacer las cosas bien hasta que consiguiese una gran suma, así después me convertiría en otra persona totalmente diferente. Oro nuevo, vida nueva. Cogí todas las identidades y tarjetas ya utilizadas. Cogí la papelera de diseño y lo metió dentro. Escogí todos los documentos falsos y los prendí. Abrí la ventana para que saliese el humo. Eché un vaso de agua y se apagó todo. Todas esas personas que fui anteriormente, habían muerto calcinados.

El siquiatra abrió la puerta de la consulta y me dio la bienvenida. Se sorprendio al verme:

-Parece ser que le ha ocurrido algo bueno ¿Verdad?

Era notable que había cambiado. Era mitad Roca mitad Ravens, debía empezar a extrapolarme a mi otra identidad:

-¿Cambios de aire?

Aquella pregunta me pilló desprevenido, mentí sobre que seguía viviendo en el mismo lugar:

-¿Quién preguntó por donde vivía? -se rió-

-Pensé que se refería a ello, mi concentración aun sigue siendo algo

precavida.

-No se preocupe, recuerde, los cambios pueden ser una buena medicina.

Tumbado en la camilla, empecé a hablar positivamente, tanto como para hacer que el siquiatra no dudase. Roca debía acabar, al igual que mis problemas mentales, Ravens ya se haría cargo de ellos:

-Esta empezando a salir pero aun necesita estar supervisado.

Pregunté por cuanto sería y este dijo que mínimo dos visitas más. Lo celebre tanto como pude, debía disimular. Si no era cauteloso, podía levantar sospechas.

Salía de mi antiguo apartamento con algunas cosas. Me encontré con el agente inmobiliario. Al verme sonrio diciendo que parecía que un futuro tendría más trabajo de la cuenta:

-Oh no, no me mudo -mentí- solo voy a tirar estas cosas a la basura.

-¿Toda esa caja? -preguntó- parecen cosas valiosas.

-Son recuerdos que no merecen la pena.

Me metí rápidamente en el ascensor. Suspiré y tragué saliva. Hasta que las puertas no se cerraron del todo no me sentí seguro.

Necesitaba una nueva identidad. Mi colección había sufrido grandes perdidas. Jefferson sería un hombre de negocios americano de la vieja escuela. Rubio de pelo largo y poco más alto de lo normal. Había recibido el pasaporte junto al carnet de identidad, además de algunas cuentas bancarias. Trasferí dinero desde el señor Roca a este. Equilibré todo el dinero y me metí una golosina en la boca. Me puse bigote y una calva. Tenía que comprar algunas cosas y no podía dejar que vieran mi verdadera identidad. Tenía que hacer las compras necesarias para convertirme en Jefferson. Ahora iba a ser un hombre normal y corriente. Cogí dinero en efectivo y me lancé a las compras.

Volví a mi antiguo barrio, tenía que mantener mi vida de Roca por dos semanas. Serían los últimos días, así que me daría una gran fiesta volviendo a los malos hábitos que tenía de joven, así rememoraría la juventud que pasé cuando iba a la universidad. Las alucinaciones ya no eran naturales, eran más artificiales que mis personalidades múltiples. Al entrar en el piso noté que las únicas cosas que quedaban allí estaban tiradas por el suelo. ¿Habían entrado a robar? Todo lo de valor estaba intacto. Miré por la mirilla de la puerta y eché una llave. Empezaba a

sentirme algo inseguro ¿Alguien me estaba siguiendo de cerca? ¿Era mi locura que me hacía hacer cosas que después no recordaba? ¿Estaba seguro de saber diferenciar bien lo real de lo qué no?

El siquiatra asentía mientras escuchaba mis progresos. Se quedó mirándome fijamente:

-¿Qué es lo que tiene debajo de la nariz?

Me puse las manos debajo de esta y noté que un poco de pegamento residía allí. Me di la vuelta y traté de quitarlo mientras el siquiatra hacía sus preguntas. Respondía con palabras cortas y cuando me di la vuelta pregunto si todo iba bien:

-Si, perfectamente, estos tratamientos de belleza son un poco...

-¿En el bigote? -preguntó el siquiatra- Nunca pensé que tenía esas practicas tan dolorosas,

Se empezó a reír y le seguí la risa. Paramos casi a la vez y este volvió a su modo normal.

Jefferson esperaba por el cliente que le había reclamado a través de su anuncio falso de internet. Esperaba mientras miraba cosas en mi teléfono y alguien llamó mi atención:

-¿Señor Jefferson? -dijo un chico trajeado- Soy el cliente que contactó con usted.

-Ah, vayamos a un sitio más tranquilo -Estreché su mano-

Entramos en un bar y nos sentamos en la mesa mas alejada del local. Puse el maletín a mi lado y lo abrí. Este echó un pequeño vistazo y guiñó su ojo:

-Todo ese dinero te lo puedo conseguir en unos segundos -dije- todo gracias a la ciencia del "Trading".

-Pero yo no soy capaz de llevar algo así a cabo -dijo apenado- ¿Me ayudaría?

-Claro que si, para eso estoy aquí -dije- solo con una pequeña comisión

del dinero ganado puede hacerle ese servicio ¿Cuanto quiere invertir?

El hombre hurgó en su chaqueta y sacó un cheque en blanco. Me lo entregó y dijo que lo hiciese con todo el dinero posible. Le miré algo desconfiado diciendo que no trabajaba con grandes cifras:

-Puede hacerlo con cualquier cifra, toda la que usted este dispuesto -dijo él- perdona que te pregunte esto, pero ahora que me fijo más a usted, me suena de algo.

-Tengo unas facciones muy comunes... -dije- se habrá confundido-

-¡No, no! ¡Tu eres el hombre de la papelera!

-¿Papelera?

-Si, va a mi misma clínica... ¿Como es que te ha crecido el pelo tan deprisa?

Dije que no siguiese haciendo preguntas. Tomé el cheque y mi maletín y me fui. Este quiso seguirme pero le dije que le daría noticias cuando tuviese todo el dinero en mis manos.

Me encontraba pensando en lo que había ocurrido en la mañana. El dinero que había conseguido estaba sobre la mesa central. La recorría mientras intentaba tranquilizarme. Era la primera vez que me habían reconocido con un disfraz tan conseguido como el del señor Jefferson. Me estudiaba mis propios papeles. Abrí el maletín, solo los primeros billetes eran verdaderos, los demás estaban en blanco por completo. Recogí todo el dinero y lo puse en un fajo. Lo guardé en un cajón y abrí la vitrina. Puse unos cuantos vasos de chupito sobre la mesa y los llené todos derramando un poco de cada uno. Me los bebí de un trago sin apenas respirar y moví mi cabeza al notar como el alcohol picaba en mi garganta. Tosí y llené de nuevo, así hasta que acabe con la botella entera. Cogí uno de los fajos que estaban en blanco y lo tiré al suelo enfadado. Todos los papeles se esparcieron y volaron a mi alrededor. Si me reconocían estaba en un gran problema, no podía llevar mi plan a cabo. Tenía que hacer aquel servicio bien, aunque me arruinase.

“Debo aumentar las visitas, usted ha recaído, es mi deber protegerle.” Fueron las palabras que desencadenaron mi perdición. Retumbaban en mi cabeza junto al sonido del boligrafo escribiendo en el papel. El siquiatra me volvió a entregar unos volantes:

-¿Qué es esto? -pregunté-

-Unos análisis -dijo este- solo son controles rutinarios, nada del otro mundo, debo asegurarme que su recaída no es por algún factor externo.

Asentí y salí sin despedirme. Los ojos del siquiatra los sentía en la nuca. Cerré la puerta y empecé a sentirme mejor. Me acerqué de nuevo al mostrador y mostré los papeles. La recepcionista no era la de siempre, ahora era un hombre. Preguntó por mi nombre, pero yo estaba completamente evadido:

-¿Señor? -dijo- Su nombre.

Volví en si y dudé por unos instantes. Cogí uno de los papeles y lo leí. Era el Señor Roca, ese maldito señor. Le dije mi nombre y se lo entregué. Sentí una mano en mi hombro y cuando giré mi cabeza, sentí la respiración del siquiatra. Me asusté y me eché hacia un lado:

-¿Qué te ocurrió para estar en ese estado? -preguntó preocupado- Ya ni se acuerda de su propio nombre.

-No lo sé, estaba haciendo todo lo que usted me pedía... -mentí-

El siquiatra dijo que nos veríamos la proxima semana y se despidió. Me quedé a solas delante del mostrador. El recepcionista me devolvió los documentos junto a la tarjeta y salí. Estaba todo completamente nublado. Sentí un frío invernal seguido de unas cuantas gotas. Guardé todo lo de vital importancia debajo de mi chaqueta y aumenté el paso.

No paraba de beber del agua del grifo. Tragaba y me miraba en el espejo, sintiendo ganas incesantes de marcharme a mear. Necesitaba limpiar mi organismo, no podía dejar que descubriesen que me había enganchado de nuevo a esas mierdas. Nadie diría que una araña podía ser capaz de caer en la tela de su propia tela. Era vergonzoso. Cogí una botella y la llené hasta el tope. Me senté en el suelo y bebí tanto como pude. El agua se me caía por la barbilla y mojaba la camisa del señor Jefferson. Pase el brazo y me sequé los labios. Alguien llamó a la puerta de ese putrefacto piso. Me levanté como pude y caminé hasta ella, pero no tuve que abrirla, quien me necesitaba ya había pasado su mensaje por debajo esta. “Tu ambición fue tu propia perdición, y de ella, mi venganza sin compasión” Saqué un mechero del bolsillo y le prendí fuego. La dejé caer sobre el suelo frío y volví a dentro sin importar que aquello se avivase en una llama mas intensa difícil de apagar.

Esos horribles ruidos han aparecido de nuevo, ya en mi cabeza o en la realidad. No se si estaba echo polvo de verdad o trataban de volverme majara. La gente ya me reconocía, alguien me seguía y yo no estaba cuerdo como para poder hacer frente a todas esas desgracias. Era

gracioso, un desgraciado como yo viviendo la miseria de mis propias victimas. Seguro que alguien estaría regodeándose en su risa al verme sufrir.

El cliente me esperaba en un pequeño bar. Me había citado allí él mismo. Nos estrechamos las manos y abrió la puerta para dejarme pasar, pero no tenía tiempo para cervezas:

-Tome su dinero -dije- ya he tomado lo que me correspondía, el resto es de usted.

Este abrió la bolsa de deporte y mostró su satisfacción. Me dio unas cuantas palmadas en la espalda y me felicitó:

-Eres un gran tío, toma un fajo más -dijo mientras me lo daba- tu y yo seremos grandes amigos.

-No, solo hago un pedido por cliente, son precauciones que tomo para evitar fraudes.

-No te pongas así Jefferson, que vamos al mismo siquiatra -dijo este- podemos decir que somos casi cercanos, yo no te mentiría en nada.

-Tome su dinero y déjeme en paz.

Deje de vuelta el fajo que me había dado y me di la vuelta asegurándome de que no me siguiese. Vi un taxi y me metí adentro. Vi como este me seguía con la mirada mientras me marchaba.

Volvía estar en números rojos. Solo tenía un fajo de dinero, pero con las facturas de ambos pisos no podía hacer frente solo con un fajo de dinero en efectivo. Miré todas mis cuentas bancarias y reuní todo el dinero, no me daría ni para una semana, pero trataría enterrar al señor Roca y vender ese maldito piso.

Entré con gafas de sol dentro de la clínica. Miré a mi alrededor, pero mi objetivo estaba detrás de mí:

-¡Señor Jefferson! -gritó este-

Me quedé de pie parado delante de él y me giré. Dije que se había equivocado de persona por completo:

-No me tome el pelo, eres clavadito a él -dijo- yo nunca fallo en esas cosas... quiero que me haga otro encarguito.

Me pincho con sus dedos en el brazo y yo con la mano le aparté. Me puse las gafas de nuevo en el sitio y entré en el ascensor. Golpeé el botón varias veces para que se cerrasen las puertas cuanto antes, pero consiguió entrar a dentro. Me senté en la sala de espera y él lo hizo a mi lado.

La enfermera llamó y entré a dentro. El siquiatra me saludó. Su expresión era muy seria:

-¿No estará usted mintiéndome?

-¿Por qué cree eso?

Me enseñó los resultados del análisis. Había dado positivo en drogas. Volvió a guardar el documento y escribió algo en otra libreta. Arrancó la hoja y me la entregó:

-¿Qué es esto? ¿Por qué me manda a un centro de desintoxicación?

-¿Es evidente no? -preguntó- usted nunca estuvo loco, solo estaba colocado hasta las cejas. Me ha tomado el pelo por completo.

-¡Pero al principio no tomaba nada! -implore- ¡Estaba totalmente sano!

-Realmente no se que creer -dijo este-

-¡Tomé un análisis cuando estaba con usted! ¡Debe salir en mi historial medico!

Este se fue hasta su escritorio y abrió la pantalla de su portátil. Tecleó mi nombre hasta que algo le sorprendido:

-Vacío, totalmente vacío -dijo este-

-¿Y todas mis pruebas? -pregunté- las resonancias... ¡Todas esas cosas!

-Señor, por favor, nunca le pedí algo así... porque lo único que tenía era una fobia de nada, eso no se puede ver en una resonancia, solo hablando con usted.

Este cogió el teléfono y dijo que entrasen para que se me llevaran. Entre dos chicos mas altos que yo, me tomaron y me sacaron a fuera. Mi ultimo cliente que estaba allí leía tranquilamente. Me acerqué con una sonrisa. Estaba hartándome de todo eso, necesitaba dinero para marcharme bien

lejos:

-Haré tu pedido -susurré-

-¿Y usted quien es?

Me quede algo descolocado. Le expliqué que era el señor Jefferson, ese que tanto ansiaba porque le consiguiera mucho dinero. Negó con la cabeza. Los hombres se giraron hacia el siquiatra diciéndole que estaba más grave de lo que parecía ser:

-Llévenlo a un siquiátrico -dije- Señor Roca, le veré allí el día de mañana.

Sentado sobre un suelo en blanco trataba de recapitular toda mi vida, tratando de encontrar que es lo que había fallado en mi. Dijeron que iban a apagar las luces, pero yo solo cambie de asiento. Cambie el suelo por la cama. Sentado, miré al frente de la pared, que no podía ver porque estaba oscura, pero sabía que estaba allí, al igual que a mis cuatro costados.

"¿Crees qué estás loco verdad? Nadie te cree, ni tú mismo ya sabes que es lo real. Creíste que no eramos reales, que eramos tus títeres pero ahora hemos vuelto para llevarte al infierno qué te mereces estar. Somos igual de verdaderos que tú conciencia" Dijo una voz en mi subconsciente. Me levanté de la cama como un resorte y grité. Noté una respiración a mi lado. Me quedé petrificado. Mi respiración se aceleró. No podía creer que es lo que estaba escuchando. Eran esas voces que me atormentaron:

-¿Qué tal señor Sanchez? ¿Ponceda? ¿William? ¿Sevens? -dijo la voz- ¿O quizás Roca?

Las luces se encendieron descubriendo a un hombre totalmente vestido de negro de pies a cabeza. Se quitó el pasamontañas y descubrí de quien se trataba. Siguió hablando a través de un aparato que le cambiaba la voz:

-¡Usted es el agente inmobiliario!

-¡Qué honor que me reconozca por mi gran papel! -dijo- ¿Pero sabe quien soy en realidad?

La puerta se abrió y tras esta surgió otra persona reconocida:

-Debería reconocerlo -dijo el siquiatra- Señor Roca, le robó su identidad para llevar el papel que esta llevando a cabo ahora, destrozándole su vida

por completo.

El siquiatra abrió su americana y dejó una placa de policía encima de la mesita de noche. Había un sillón al lado de esta y levantó su americana para no chafarla cuando se sentara:

-Ahora que todo esto termina, seguro que tiene algunas dudas. Como tengo que abandonar este trabajo de infiltrado, haré mi ultima observación como especialista -explicó- te metiste tanto en tu trabajador de estafador, que empezaste a creerte tus propias mentiras. Las múltiples personalidades creaban en ti un shock que no podías aguantar y creías escuchar cosas que no eran ciertas. Tu cerebro se acostumbró y tu baja autoestima hizo que no parases con esas "realidades" alternativas que habías formado para sanar esa necesidad de atención.

-Tu ambición fue tu propia perdición y de ella mi venganza sin compasión -dijo el agente- aprovechamos las telas que habías tejido tu mismo y quedaste totalmente atrapado sin darte cuenta. Fue realmente fácil. Era como robarle un caramelo a un niño.

-Si puede ser, preferiría que no me robases el protagonismo -dijo el siquiatra- aquí hago yo las observaciones, tu solo eres el ayudante.

El agente pidió perdón y dio unos cuantos pasos hacia atrás. El siquiatra me volvió a mirar:

-Este trabajo me ayudó a conocerle, a saber que era un mitomano poco experto aunque su pseudología fantástica era bastante avanzada. Te manipulé tanto que conseguí que tu mente empezase a llevarte hacia mi terreno. Tu afán de mentir y conseguir más, hizo que te perdieses en ti mismo.

-¿Como descubrió que mentía? -pregunté- .

-Nunca le receté nada para la ansiedad, eran pastillas simples de valeriana. No se dio cuenta porque su propia mente jugaba con usted, no era capaz de controlar a su propio cerebro. Fue haciendo la bola tan grande que ya no era capaz de darle vueltas por si mismo.

Me estaba sintiendo como un inútil y quise levantarme para atacarle, pero me vi reducido por dos personas. Una era el agente, pero la otra era esa persona insoportable:

-¿Me recuerda señor Jefferson? -dijo- No ha sido mucho tiempo, pero me gustaría que hiciese uno de esos encargos, pero desde la cárcel.

Me sentaron de nuevo en la cama y le miré a los ojos. Se quedó plantado delante de mí mientras sonreía con los brazos cruzados. Mi rabia

aumentaba conforme iba avanzando el tiempo:

-Eras más listo de lo que creí -dijo mientras me lanzaba algo-

Cuando lo tomé en mis manos pude ver que era un fajo de billetes. Dijo que le diese la vuelta y pude ver que había algo pegado a este:

-Un dispositivo de seguimiento -susurré para mí-

-En efecto -dijo el siquiatra- si hubieses tenido los cojones de haberlo tomado en su día, ahora mismo no tendríamos que haber llegado tan lejos, pero fuiste precavido, te felicito.

-¿Y ahora qué? -preguntó- ¿Qué pasara conmigo?

Dio dos palmadas y las paredes de nuestros costados se cayeron. Estábamos en un garaje. Había un montón de gente a mi alrededor. Reconocí a cada una de ellas. Mis vecinos, el agente que me vendió la casa del señor Sevens, la chica de los teléfonos móviles... etc. Les miré y el siquiatra manifestó:

-¿Esta sorprendido verdad? -preguntó- Fuiste como un homónimo del show de Truman en versión policial. Nos infiltramos tanto que podríamos habernos hecho pasar por tu tía abuela que no te hubieses dado cuenta. ¿Recuerdas hasta a esa bella recepcionista? ¡Hasta ella estaba con nosotros!

-Es patético que la policía haya gastado tanto en atraparme -dije riéndome- habéis perdido un tiempo tan valioso.

-El tiempo que va a perder usted entre rejas si que va a ser valioso -dijo un agente de policía-

Me pidió que me levantara y me dio la vuelta mientras sentía las frías esposas oprimiendo mis muñecas. No vería la luz en un tiempo, pero mis otras personalidades perdurarían hasta que tuviese la oportunidad de volver a verla. Sería un gran tiempo apartado del mundo de la estafa, pero juré que el mito caería por dos veces, pero a la tercera, sus rodillas no tocarían el suelo por mucho tiempo.

Más en ayaneduneescritora.jimdo.com o en la pagina de FB Ayane Dune